

CAPITULO CLXXXV.

Hechos de armas de 1812. — Disposiciones de las Cortes.

Al empezar el año 1812 tenía Napoleón en España doscientos mil hombres, distribuidos en la forma siguiente: ejército del Mediodía, cincuenta y seis mil cuatrocientos veintisiete; ejército del Centro, doce mil trescientos setenta; ejército de Portugal, cincuenta y dos mil seiscientos diez y ocho; ejército del Norte, cuarenta y ocho mil doscientos treinta y dos; ejército de Aragón, Valencia y Cataluña, sesenta mil quinientos cuarenta.

En este Principado, donde había terminado para los españoles la desastrosa campaña del año anterior con un amago contra Tarragona por parte del ejército de Lacy, empezó el presente con la sorpresa en el pueblo de Vilaseca de una columna enemiga que la componían mil infantes y cincuenta caballos, al mando del coronel Duberg, el 19 de enero.

Los franceses suponían que la rendición de Valencia habría hecho internar á las fuerzas españolas, y se adelantaban confiados, cuando en el indicado pueblo les acometieron el baron de Eróles y Merino, y después de una sangrienta pelea hicieron prisioneros á la mayor parte.

La división de Eróles se quedó en Reus, y Lacy marchó con Sarsfield en direccion á Vich, donde también había acudido el general Decaen.

Así que se acercaron los españoles, los enemigos evacuaron la ciudad, y en San Feliu de Codinas hubo una empeñada refriega que empezó con mala fortuna para los españoles, pero que sin embargo, rehechos éstos, acabó con la derrota de los contrarios el día 28 de enero.

El baron de Eróles sostuvo el ataque en Altafulla contra las superiores fuerzas que habían llevado de Barcelona contra él los generales Lamarque y Mathieu, el 24 de enero, y se vió en la necesidad de dispersar sus tropas con pérdida de quinientos hombres y dos piezas.

Se dirigió luego el Barón al Norte de Cataluña para apoyar la expedición de Sarsfield á territorio francés, y en seguida volvió á Aragón, adelantándose hasta Benasque y Graus.

El día 5 de marzo fué atacado en Roda por la división de Bourke, que llegaba de Valencia, prestándole ayuda alguna fuerza de migueletes, pues también los franceses trataban de crear cuerpos de esta especie. Diez horas se prolongó la lucha, terminando con la victoria de los españoles, quienes obligaron al enemigo á retirarse.

El general francés cayó herido, ascendiendo la pérdida que sufrieron sus tropas á unos mil hombres.

Bourke tuvo que refugiarse primero en Barbastro y luego en Lérida, huyendo de Mina.

Severoli con su división y parte de la de Reille se internó en Cataluña, y trató de perseguir á Eróles, pero la fortuna no quiso ayudarle en su empresa y nada consiguió.

Diversos combates se empeñaron por aquel tiempo en los restantes distritos del Principado.

Rovira, Manso, Fábregas, Milans, Ga'y, Par y otros varios jefes, no dejaban tranquilo al enemigo, refugiándose en la montaña de Busa cuando eran acosados por aquél, cuya montaña les servía de cuartel general y de instrucción de reclutas.

Napoleón el 26 de enero decretó que se dividiera Cataluña en cuatro departamentos en esta forma: 1.º el del Ter, capital Girona; 2.º Montserrat, capital Barcelona; 3.º las bocas del Ebro, capital Lérida, y 4.º del Segre, capital Puigcerdá.

Fué relevado en el mando superior de la provincia, aun cuando quedó para prestar servicios en ella, el general Decaen, sustituyéndole el mariscal Suchet, que mandaba también las de Aragón y Valencia.

Los dos generales, sospechando que una expedición inglesa que había salido de Sicilia trataba de desembarcar por aquellas costas, y alarmados al mismo tiempo por los movimientos que estaba verificando Lacy, se reunieron y combinaron la manera de poner término á aquel estado de agitación en que se hallaban.

Entre tanto D. Francisco Copons, que tan valerosamente había defendido á Tarifa, nombrado comandante general de la provincia de Valencia, procuraba reanimar el espíritu público, contribuyendo para favorecer la reorganización del 2.º y 3.º ejército, que estaba realizando en la provincia de Murcia el general D. José O'Donnell.

Las partidas volantes, tan terribles para los franceses, volvieron á darse á luz, y especialmente la capitaneada por el franciscano Nebot, mostrábase nuevamente audaz.

Pero las que no habían cesado un momento, eran las del Empecinado, Villacampa y Durán.

El primero estuvo á punto de ser cogido en el pueblo de Revollar, merced á la traición de su segundo llamado Santiago Albuin y por apodo el *Manco*, el cual, al pasarse á los franceses, intentó también levantar otras partidas que se denominaron de *Contra-Empecinados*; pero ni éstas, ni las que en Cataluña levantó Pujol, alias *Boquica*, que también se pasó á los franceses, siendo estos los dos únicos que tal traición hicieron á su patria, consiguieron gran resultado.

Más de mil hombres dejó el Empecinado en poder del enemigo en aquella sorpresa.

Pero repuesto inmediatamente del descalabro sufrido, entró en Cuenca el 9 de mayo, casi al mismo tiempo que Durán se apoderaba de Soria y atacaba á Tudela.

En Andalucía también se hallaban los franceses hostigados por el general Ballesteros y la partida de Palarea, mientras que el 6.º ejército, á las órdenes de D. Francisco Javier Abadía, contribuía eficazmente á la evacuación de Asturias.

El 7.º ejército, al cual iban agregadas algunas guerrillas, sostuvo diversos choques con los enemigos; y el cura Merino, en represalias de la muerte dada por los franceses á cuatro vocales de la Junta de Burgos, cuyo hecho tuvo lugar en Soria, fusiló á ciento diez prisioneros que tenía en su poder.

Espoz y Mina al mismo tiempo realizaban en Navarra empresas tan atrevidas como felices, cayendo sobre el enemigo cuando menos lo esperaba, llegando en una de sus expediciones á apoderarse en Arlaban de un riquísimo convoy fuertemente escoltado, teniendo siempre en jaque al general Dorsenne.

Todas estas operaciones, si bien no eran de un resultado decisivo, contribuían á desalentar por medio de aquella perpetua alarma á los franceses, ayudando poderosamente al plan que Wellington realizaba en Extremadura.

Este, ordenando convenientemente sus tropas, dirigióse sobre Badajoz, defendida entonces por el general Philippon al frente de cinco mil hombres.

Los mariscales Soult y Marmont trataron de reunirse para impedir aquella empresa, pero el inglés envió oportunamente tropas para impedirlo, y el día 16 de marzo presentóse ante la ciudad, dando el asalto el día 6 de abril, asalto que dió por resultado la rendición de la plaza á la mañana siguiente.

Unos cuatro mil hombres constituían la guarnición, que quedó prisionera, pero un número casi igual perdieron los ingleses, que sea por la precipitación que hubieron de desplegar para evitar que las fuerzas de Marmont y Soult acudiesen en su socorro, sea por otra causa, no demostraron una gran destreza.

La Regencia condecoró al General con la gran cruz de San Fernando.

Soult se dirigió sobre Sevilla, por cuyas inmediaciones andaba ya el general Penne Villemur molestando á los franceses; Marmont, en virtud de órdenes del Emperador, dirigióse al Agreda, llegando con su vanguardia hasta Castelo-Branco; pero hubo de replegarse otra vez el 16 de abril al tener noticia de la rendición de Badajoz.

Wellington, que sabía perfectamente que los españoles detendrían en Andalucía á Soult, y guarnecida Extremadura con el cuerpo de Hill y la toma de Badajoz, decidió avanzar hacia el interior á fin de abrir una nueva campaña, para lo cual deberían influir en gran manera las noticias recibidas respecto al estado del Emperador.

Efectivamente, la guerra de Rusia era un hecho, y Napoleón había marchado al Niemen, después de detenerse en Dresde bastantes días, al frente de seiscientos mil hombres, entre los cuales había unos cuantos españoles y portugueses, restos de la división del marqués de la Romana y del de Alorna.

Napoleón, á fin de contentar á su hermano, dióle mayores facultades, sin que, á pesar de algunas ofertas hechas para juntar Cortes en Madrid, consiguieran nada absolutamente.

El ministro Azuza parece que había propuesto este medio á José, como el único que podía darle algun resultado, y el Ayuntamiento de Madrid y una diputación de Valencia prometieron congregarse las Cortes más numerosas que jamás se habían reunido en España; pero todo esto se redujo á promesas únicamente, puesto que nada se hizo.

En esta época, y para hacer más crítica la situación, el hambre en Madrid llegó á un punto tal, que el pan de dos libras se pagaba á doce y trece reales, llegando al extremo de que los tronchos de berza y otros desperdicios, se buscaban con afán, muriendo de inanición tantas personas, que desde el mes de setiembre de 1811 á julio del siguiente año, habíase dado sepultura á unos veinte mil cadáveres.

Entre tanto las Cortes de Cádiz, con arreglo á la nueva Constitución, organizaban las órdenes supremas del reino, y en su consecuencia hicieron reglamentos particulares y extensos para el consejo de Estado y el Tribunal Supremo de Justicia, así como también tuvieron los consejos de Guerra y Marina, de Hacienda y de Ordenes.

Las audiencias, juzgados de primera instancia y demas dependencias de la administración de justicia, fueron planteadas bajo una nueva forma, dándose reglas especiales para los Ayuntamientos y Diputaciones, ordenándose que, á la mayor brevedad, se llevase á cabo su nombramiento é instalación.

Igualmente se dieron otros decretos importantes, siendo uno de ellos el de la abolición de la pena de horca como repugnante á la humanidad, sustituyéndola con la de garrote.



BATALLA DE ARAPILES

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CLXXXVI.

Batalla de Arapiles.—Entrada de los guerrilleros en Madrid.—Lord Wellington.—Levantán los franceses el sitio de Cádiz.

Puede comprenderse perfectamente que la libertad de imprenta en aquellos momentos había de dar lugar á algunos abusos, toda vez que el calor de las pasiones, despertado de repente, no era fácil tuviese la cordura necesaria y el tacto bastante para amoldarse á lo difícil de las circunstancias.

D. Bartolomé José Gallardo, bibliotecario de las Cortes, publicaba un *Diccionario crítico-burlesco*, en el cual no quedaba muy bien parada la religión; *El Semanario patriótico*, *El Tribuno* y otros periódicos favorables á las nuevas ideas, eran impugnados por los diputados antiliberales, con el *Diario mercantil*, *El Censor*, las *Cartas del filósofo rancio* y el *Diccionario mensual*, y á tal extremo llegó el ruido de todas estas publicaciones, que las Cortes ocupáronse de este asunto, produjéronse vivos debates, y finalmente la Asamblea hubo de manifestar á la Regencia, la amargura que en ella produjera la publicación del *Diccionario* de Gallardo; y como quiera que en éste había insultos graves contra la religión, era preciso que se le castigase con todo el rigor de la ley.

Esto produjo gran sensación, aumentándose ésta cuando en la sesión pública del 22 de abril, D. Francisco Riesco, inquisidor de Llerena, solicitó el restablecimiento del Santo Oficio que se hallaba suspenso á pesar de que una comisión de las Cortes, en julio de 1811, había acordado que se pusiese nuevamente en ejercicio. Esto dió lugar á grandes debates, suspendiéndose finalmente la discusión.

Después de esto, tomósé el acuerdo de cerrar las Cortes, aun cuando sin disolverlas, quedando obligados los representantes á acudir á las sesiones siempre que se les convocase, hasta tanto que se constituyeran las próximas Cortes ordinarias que habían de reunirse el 1.º de octubre de 1813, como así se verificó.

Lisonjero aspecto comenzaba á tomar la guerra al mediar el año de 1812, según hemos visto ya.

Lord Wellington, resuelto á obrar activamente por el interior de Castilla, se había constituido en centro de todos los movimientos militares en la península española.

Convenido con los demás generales en la forma de plan que se propusiera, levantó sus reales en Fuenteguinaldo el 13 de junio, y su ejército, repartido en tres columnas sin contar las tropas de D. Carlos de España y de D. Julian Sánchez, púsose á los tres días en marcha en las orillas del Valmuza, riachuelo distante dos leguas de Salamanca, evacuando la ciudad en aquella noche el ejército de Marmont, que tomó la vuelta de Toro, dejando unos ochocientos hombres en las fortificaciones alzadas sobre las ruinas de los conventos y colegios que los mismos franceses habían destruido.

Comprendían perfectamente la tempestad que les amenazaba tanto Marmont como José Bonaparte y el mayor general Jourdan, pero al querer evitarla, estrellóse el rey intruso en la desobediencia de los generales.

El duque de Dalmacia, habituado á ser el soberano en Andalucía, no accedía á nada que se le propusiera.

Suñet tampoco quería enviar división alguna á Madrid, como se le había pedido, así como el conde Caffarelli, que estaba en el Norte, tampoco quiso mandar auxilio alguno.

Así las cosas, Marmont evacuó á Salamanca, entrando una división inglesa el día 17 de junio entre el contento de sus moradores, y así que volvió á aparecer aquel General, los aliados habían roto el fuego contra los fuertes, esperándole apoyados en la excelente posición de San Cristóbal de la Cuesta.

El Mariscal trataba por todos los medios de comunicarse con los sitiados para proporcionarles socorros; pero las tropas de Wellington le salían al encuentro, no descuidando al mismo tiempo el ataque de los fuertes.

Dos de éstos fueron asaltados, y el tercero se rindió por capitulación el día 28 de junio, haciendo á sus defensores prisioneros de guerra, dirigiéndose aquella misma noche Marmont á Toro y Tordesillas, talando por donde pasaban campos y poblaciones, huyendo de los ingleses que les seguían al alcance.

El 2 de julio pasó el enemigo el Duero, y se situó en Tordesillas, y Wellington en tanto se mantenía en Rueda, no creyendo conveniente pasar el río.

Reforzado Marmont con caballería y la división de Bonnet que estaba en Asturias, se decidió á pasar el Duero y empeñar batalla antes que el 6.º ejército viniera sobre Castilla, pues había abandonado sus posiciones de Galicia con ese objeto.

Entre marchas y contramarchas por la margen del río, pasó el enemigo desde el 13 al 16 de julio, que visto por Wellington, trató de concentrarse en las riberas del Guareña.

En la noche del 16 pasaron los franceses el Duero por Tordesillas.

Al siguiente día por la mañana se hallaba todo el ejército reunido en la Nava del Rey, después de una jornada de diez leguas, y habiendo llegado el 22, después de muchas maniobras de una parte y otra, encontráronse y rompieron el fuego en los Arapiles.

Sangrienta fué la jornada, siendo la pérdida total para los franceses, los cuales se retiraron por los encinares del Tormes, sufriendo mucho su retaguardia.

Entre la multitud de muertos de los enemigos contáronse tres generales.

Marmont y Bonnet fueron heridos, quedando también en poder de los aliados dos águilas, seis banderas, once cañones y siete mil prisioneros.

Los nuestros tuvieron cinco mil quinientos hombres fuera de combate.

A lord Wellington, en recompensa á este importante triunfo, el Parlamento británico le dió gracias, mercedes y honores, y las Cortes le condecoraron con la orden del Toison de Oro, cuyo collar le regaló la princesa de la Paz, D.ª María Teresa de Borbon.

Continuaban su retirada los imperiales por Tudela y Puente de Duero en la mayor desorganización é indisciplina, acosados por los vencedores, quienes tenían que ir con precaución con el intruso rey, el cual, con la mayoría de su ejército del Centro y demás fuerzas, se aproximaba á Castilla la Vieja.

Salió de Madrid el 21 de julio, llevando más de diez mil infantes y dos mil caballos, contando la división de Palombini, procedente de Aragón, y acampó en Blasco Sancho el 20, dispuesto á marchar sobre el Tormes, con objeto de reunirse al duque de Ragusa.

La derrota de Salamanca le decidió á tomar la ruta de Segovia, y así conseguía proteger la marcha retrógrada de Marmont, amenazando el flanco de los ingleses.

Wellington no permaneció mucho tiempo en Valladolid, movió su derecha á lo largo del Cega, sentando sus reales en Cuellar el día 1.º de agosto, en tanto que José Bonaparte abandonaba Segovia, pensando recogerse en Madrid.

Tras éste salió el inglés, y pasando por Segovia llegó á San Ildefonso el 8 de agosto.

En Majadahonda una de sus columnas fué acometida por fuerzas superiores enemigas, perdiendo trescientos cincuenta hombres.

Al circular en Madrid entre los partidarios de Francia, que los aliados habían pasado sin tropiezo los puertos de Guadarrama y Navacerrada, quedaron consternados.

Después de repetir José inútilmente órdenes al duque de Dalmacia para que se aproximara al Tajo por la Mancha, resolvió salir de la capital con parte de su ejército, encaminándose á aquel río el 11 de agosto, haciendo lo mismo las demás fuerzas que quedaban dentro, dejando únicamente en el Retiro una guarnición de dos mil hombres con el solo objeto de cuidar enfermos y heridos.

A las diez, entre aclamaciones de júbilo y toques de campanas, comenzaron á entrar varios jefes de guerrilla, entre ellos el Empecinado y D. Juan Palarea, llegando el entusiasmo á su colmo al presentarse poco después Wellington á la cabeza de sus soldados.

Conforme á lo dispuesto por la Regencia, se proclamó la Constitución el 13 de agosto, presidiendo esta ceremonia D. Carlos de España, nombrado gobernador de Madrid, y D. Miguel de Alava.

El General, á pesar de las muestras de confianza y júbilo de la población, no estaba conforme hasta posesionarse del Retiro, donde se habían fortificado los franceses.

Aquella tarde le cercó y dió principio á su empresa.

La mañana del 14 se tomó el primer recinto, rindiéndose el gobernador, que era el coronel Lafont; en poder de los aliados quedaron dos mil quinientos prisioneros, cañones y fusiles.

El general Alava publicó una proclama concebida en términos conciliadores, presentándose á las pocas horas más de ochocientos soldados y oficiales.

Lord Wellington, para atender más de cerca á las evoluciones de Clausel, en Castilla la Vieja, así como para aumentar más ventajas á las ya consignadas, sin dejar descansar al enemigo, reconcentró sus fuerzas en Arévalo, adonde marchó el 1.º de setiembre.

En Andalucía nada notable había ocurrido.

Hacían algunas correrías de poca importancia, cuando los aliados, aprovechando los triunfos conseguidos, maniobraron con el objeto de estrechar á las tropas de Soult y obligarles á que de una vez abandonaran las provincias andaluzas, donde no había medio de que se sostuvieran después de lo ocurrido ya en Castilla.

Pero el mariscal francés no quiso que llegara el caso de tener que luchar con sus venturosos contrarios.

El día 24 de agosto quiso por despedida arrojar algunas bombas á la plaza, después de lo cual comenzó á levantar el cerco, quedando libre en breve espacio toda la línea, cuyo suceso se celebró en Cádiz con un gran *Te-Deum* y toda clase de regocijos.

Todos los puntos que los franceses ocupaban en las márgenes del Guadalete y en la Serranía de Ronda fueron abandonados igualmente, clavando por do quiera la artillería y destruyendo todos los pertrechos de guerra.

La ciudad de Sevilla quedó libre el día 27 de agosto, abandonándola el Mariscal, quien dejó en ella únicamente parte de su retaguardia, sobre la cual cayeron el general Cruz y el coronel Skerret, y después de porfiada lucha, penetraron los nuestros en la ciudad, poniendo al francés en tan desordenada huida, que dejó en poder de los españoles cañones, equipajes, botín, caballos y buen número de prisioneros.



LORD WELLINGTON EN LA RETIRADA DE VILLAMURIEL.